

ECONOMÍA Y NEGOCIOS

GREG CLARK Urbanista y asesor internacional

“Recuperar la reputación será más fácil para Barcelona que para Cataluña”

LLUÍS PELLICER, **Barcelona**
Los empresarios barceloneses agrupados en el lobby Barcelona Global han impulsado una batería de medidas para relanzar la marca Barcelona, que el año pasado quedó tocada por el caos en el aeropuerto del Prat, los atentados yihadistas y el desafío independentista. En esa tarea han contado con la ayuda del reconocido urbanista Greg Clark (Londres, 1962), que ha asesorado a una veintena de Gobiernos, a más de 100 ciudades e instituciones como la OCDE o el Banco Mundial. Clark ubica a Barcelona en una liga mundial de ciudades. La lideran siete grandes urbes, entre las que están Londres o París. Luego hay otro núcleo de una decena de capitales en el que están Madrid, Ámsterdam o Toronto. En el tercer anillo, fuera del epicentro, es el grupo en el que estaría Barcelona.

Pregunta. ¿Puede Barcelona pasar a formar parte de los dos grupos centrales?

Respuesta. Ahí hay ciudades que, pese a no estar exentas de problemas, tienen una identidad muy fuerte, grandes corporaciones y una economía y un mercado laboral dinámicos. Madrid o Ámsterdam hace veinte años no estaban ahí, pero han creado un sistema regional potente de vivienda y transporte y se han convertido en hubs empresariales. No son mucho más grandes que Barcelona, que puede desplazarse hacia ese grupo. La ciudad se ha especializado en industrias como la medicina, el diseño y la tecnología. Pero ahora estos sectores deben ganar tamaño, como están haciendo Tel Aviv o Estocolmo o lo hizo San Francisco.

P. Cataluña ha perdido la sede social de más de 3.200 empresas

por el proceso independentista, la mayoría de las cuales estaban en Barcelona. ¿Para avanzar debe sobreponerse antes a esa crisis?

R. Tengo entendido que todavía no han movido puestos de trabajo, sino el domicilio social. Sería una buena idea intentar que estas compañías vuelvan, pero solo lo harán cuando estén seguras de que el estatus de Cataluña está resuelto. Mientras dure la incertidumbre de si seguirá siendo parte de España y la UE, será muy difícil que esas empresas reviertan su decisión. La estabilidad política es clave. No opino sobre lo que ocurre en Cataluña, porque no es mi trabajo, pero lo ocurrido nos indica que quienes quieren la independencia deberían tener un programa económico mejor si quieren convencer a las empresas de que no será un problema permanecer en Barcelona.

P. Ha estudiado el caso de Montreal. ¿Ve similitudes?

R. Allí a causa de la crisis secesionista las empresas no solo se llevaron la sede social, sino que movieron los puestos de trabajo. ¿Por qué hoy Toronto está en el centro del mapa de ciudades? Porque cuando Montreal debatía sobre la independencia muchas corporaciones se movieron y Toronto aprovechó para hacer crecer su economía y ser más exitosa. La pérdida de Montreal fue la ganancia de Toronto.

P. ¿Ha sufrido Cataluña una crisis de reputación?

R. Sí. No ha sido a raíz de un huracán o de un conflicto militar. Ha sido una crisis de imagen, de confusión y de incertidumbre. ¿Será Cataluña parte o no de España? ¿Y de la UE? ¿El deseo de independencia está ya resuelto? ¿La Constitución puede ser reformada? Son grandes incertidum-



Greg Clark, urbanista y asesor internacional, durante la entrevista en Barcelona. / ALBERT GARCIA

“Las empresas solo volverán si saben que el estatus político está resuelto”

“Toronto aprovechó las empresas que salieron de Montreal por la secesión”

“La masificación del turismo ha roto el contrato social con los ciudadanos”

bres que impiden a la ciudad comunicar al mundo.

P. Y muchas siguen aún ahí...

R. Exactamente. Por eso, Barcelona debe hacer dos cosas: promover un relato claro sobre el siguiente capítulo de la ciudad y, a nivel catalán, debe haber progresos en el terreno político. Sin ser experto en ello, tal vez con una mayor autonomía puede resolverse ese asunto para dos décadas. Montreal encontró la salida, pero tardó demasiado y perdió nego-

cios. Es difícil recuperarse de una crisis de reputación, pero no debería serlo tanto para Barcelona, que tiene una muy buena imagen, mientras que la de Cataluña es más complicada.

P. ¿Son marcas diferentes?

R. Sí, Barcelona y Cataluña son marcas distintas. Y podemos continuar construyendo la marca Barcelona a pesar de los desafíos que tiene la de Cataluña.

P. Habla de que la crisis sufrida en Barcelona pone fin a un capítulo para la ciudad. ¿Qué viene ahora?

R. Cerramos un episodio muy interesante, con un crecimiento del sistema empresarial y de innovación. Barcelona ha crecido como capital del conocimiento, la medicina, las ciencias de la vida, el diseño, la creatividad, la tecnología y, en particular, el móvil. Necesitamos más, ganar tamaño. Y de forma paralela, ha habido un problema de masificación del turismo. Y eso creó una crisis que supuso que se rompiera el contrato social con los ciudadanos, que debe ser renovado.

P. ¿Y ve liderazgo en la ciudad para recomponerlo?

R. He visto que los líderes de la sociedad civil han puesto sobre la mesa propuestas como subir la tasa turística o mejorar la calidad de los empleos de ese sector. Es

decir, asumen los elementos sobre los que debe basarse el contrato social. Y en el Ayuntamiento veo las habilidades necesarias para reconstruirlo. Espero que juntos puedan hacerlo. Porque, ¿cuál es la alternativa? Sería una economía más cerrada al mundo, una sociedad más local, alejada de la innovación y del comercio... Y eso no es Barcelona. La cuestión no es qué hará la ciudad, sino cuánto tiempo tardará.

P. Los empresarios reconocen también que el turismo ha acarreado problemas, como la subida de los alquileres. ¿Cómo se aborda?

R. Eso ocurrió también en Ámsterdam, San Francisco o Nueva York. Las autoridades deben ser más proactivas en gestionar los efectos del crecimiento, invertir mucho en vivienda y legislar a través del planeamiento urbanístico. Por ejemplo, se puede exigir que cuando se construyen nuevas promociones haya un porcentaje de vivienda asequible. Las crisis revelan problemas latentes que tienen las ciudades y el del precio de los pisos no es causado por los apartamentos turísticos, sino potenciado. Es sorprendente que no haya habido una estrategia a largo plazo para que haya más vivienda asequible en Barcelona.

Joaquín Estefanía

El hombre del 68 en 2018

Conocidas algunas cuentas del Estado, la cuestión es quiénes son los populistas

Mientras los estudiantes y los obreros convocaban en Francia una gigantesca huelga general, en 1968 en España había pequeños conflictos laborales y numerosas —aunque minoritarias— manifestaciones universitarias (saltos, asambleas y encierros). La política económica continuaba arrastrada por los efectos del Plan de Estabilización de 1959. Nuestro país vivía en el desarrollismo (crecimiento sin libertades), crecía a una tasa media anual superior al 7%, y la cifra de paro permanecía maquillada porque alrededor del 10% de la población activa había emigrado fuera de las fronteras.

El concepto de moda era el de planificación. Con dos décadas de retraso, motivadas por las secuelas de la Guerra Civil, se convenía en aquello que escribe el historiador Tony Judt en su monumental *Postguerra* (editorial Taurus): “En una cosa estaban todos de acuerdo (...): la ‘planificación’ (...). Para que la democracia funcionara, para que recuperara su atractivo, debía planificarse”. España iniciaba en 1968 su segundo Plan de Desarrollo Económico y Social, determinando los nuevos polos

de desarrollo, y dirigido por el ministro de Planificación y Desarrollo, el opusdeista Laureano López Rodó.

Los ciudadanos que protagonizaron aquellos tiempos y hayan sobrevivido están hoy en la edad de jubilación. Se encuentran con que no sólo la planificación no existe sino que es de mal gusto mencionarla (y mucho más difícil de aplicar en el marco de referencia de la globalización). No es sólo que no haya planificación (indicativa, por supuesto), sino que tampoco hay Presupuestos Generales del Estado, el principal instrumento de la política económica de cualquier Gobierno, mucho más cuando la política monetaria nacional ha sido cedida al BCE. En esta legislatura, los ciudadanos han asistido a dos prórrogas presupuestarias, y hay apuestas sobre si habrá Presupuestos en 2019, año salpicado por elecciones europeas, municipales y autonómicas. Al menos.

Tampoco saben, a día de hoy, qué pasará con la cuantía de sus pensiones públicas. Se les había dicho que subirían el 0,25% (con lo que perdían poder adquisitivo, dada la infla-

ción) y que no era posible incrementarlas más si se quería mantener la sostenibilidad del sistema. Pero ahora parece que una buena parte de esas pensiones, las más bajas, subirán un 3%, lo que significa que no estarán determinadas ni por el índice de precios al consumo ni por el factor de sostenibilidad. La realidad les ha demostrado que saliendo a la calle y protestando, sus pensiones estarán vinculadas a los intereses partidistas de quien gobierna.

En cuanto a lo poco que se sabe de los Presupuestos, se podía resumir en el balance del economista Daniel Fuentes en su artículo *Presupuestos 2018: sí o no al país del 38%* (Agenda Pública): tenemos el mayor déficit público de la UE, con la recaudación fiscal en el furgón de cola de la eurozona y la inversión pública en mínimos históricos (1,9% del PIB)... pero competimos por revalorizar las pensiones al tiempo que bajamos los impuestos. “Luego diremos que los populistas son los otros”.

Seguramente tendremos que recuperar —y actualizar— la canción de Manuel Illán *El hombre del 68 en el 93*.